

“HACERSE AJENO A LA CONDUCTA DEL MUNDO

No sé lo que el capítulo 4 de la RB dirá a los expertos, pero a mí me encanta ese carácter de borrador, casi unos apuntes a vuela pluma en los que San Benito se apresura a trazar con rapidez las líneas maestras de una espiritualidad, la suya, que luego sistematizará en los demás capítulos.

Leyendo este listado se puede casi visualizar al monje inclinándose sobre el papel para garabatear apresuradamente un apunte, mientras va de una ocupación a otra.

Hacerse ajeno a la conducta del mundo, apuntó un día. No sabemos en qué momento de la lectio cotidiana o en qué instante de silencio, tuvo esa luz que aún hoy nos ilumina a nosotros.

Hacerse ajeno a la conducta del mundo, para el monje significa seguir un horario, el monástico, que centra su vida en el amor alejándolo de los ídolos del mundo.

Hacernos ajenos a la conducta del mundo, para nosotros, es nuestro modo de vida.

Hacernos ajenos a la conducta del mundo levanta a nuestro alrededor un templo que nos separa de esos ídolos mundanos a los que nuestra civilización rinde culto y que exigen el sacrificio del hombre.

Hacernos ajenos a la conducta del mundo es para nosotros mesa que nos une a todo hombre que necesita ser liberado.

Hacernos ajenos a la conducta del mundo es nuestra soledad, la que vivimos esas veces en que, rodeados de gente, no compartimos ni sus ilusiones ni sus traumas ni sus afanes y nos sentimos muy lejos de toda esa locura generada alrededor de una danza de máscaras sin sentido. El mundo no encuentra sentido, ni lo puede encontrar, porque vive en la mentira y para la mentira. Mentira que la felicidad esté donde la busca y donde la quiere encontrar. Mentira que las personas sean lo que les hacen creer, esos egos que no son más que máscaras de ficción a las que se sacrifica la autenticidad y el corazón de cada persona. Una mentira que sólo genera una sociedad de locura en un mundo de locura en una vida sin sentido.

A eso somos ajenos. Lejanos, extraños. Hemos hallado el camino a casa y no vamos a dejarlo. Hemos descubierto la verdad, y ya la mentira, ese falso emperador, ha quedado A eso somos ajenos. Lejanos desnudo; ya no nos engaña. Y no vamos a colaborar con sus intereses. Ahí somos lucha.

Ajenos a eso, nos hemos hecho cercanos a lo opuesto. Cercanos a la verdad, al amor. Ahí, en la frase de San Benito, tenemos una mesa que nos es comunión con el hombre. Y es, para nosotros, acogida, abrazo, amabilidad, cariño, amistad. Vivir esto es descubrir en los demás, en quienes se cruzan con nosotros, un brillo de asombro y extrañeza en la mirada con que nos miran, incluso un deje de incomprensión. A veces de rechazo: desnudar la mentira significa para todos apearse de sus convicciones. No es fácil. Supone abandonar todo tu mundo conocido y adentrarse en un vacío en el que aún no ves nada.

Vivir esto es ver a Dios en los demás, ver el amor con que Dios los ama; es ayudarles a ver ese amor en ellos mismos, a encontrarse a sí mismos y el valor infinito que tienen dentro de sí.

Así construimos el Reino. Un hermano me decía el otro día, con brevedad y concisión, el Reino es el amor. Pues eso. Construimos el Reino con los que nos rodean, primero con los cercanos –familia, amigos...- y detrás con todos. Y cuidado con huir de aquéllos por éstos. Cuidado con amar a la humanidad y no al hombre concreto. Jesús habla del próximo, no del lejano.

Hacerse ajenos a la conducta del mundo es construir el Reino. La civilización del amor.

Hacerse ajeno a la conducta del mundo es hacerse cercano al hombre, al corazón del hombre. Al hombre libre de la mentira del ego. Al hombre tal y como es en el seno de Dios.

Hacerse ajenos a la conducta del mundo es hacerse íntimo a Dios. A su corazón, ese punto cero, único lugar desde el que es posible todo lo demás. Porque es el lugar donde se hacen nuevas todas las cosas.

Tiene nombre, se llama amor.

Guillermo Oroz Aragón

Laico de la Fraternidad del monasterio de La Oliva

Artículo publicado en “INTERCAMBIOS MONÁSTICOS” – Nº 58, JUNIO-2012